

## No sé cómo decirlo

Omar Fonollosa

**Sé decir que no verte alimentando el fuego  
es sentir que la nieve atraviesa el tejado,  
que el canto de la alondra ha bajado dos tonos.**

**Ese silencio idéntico al estruendo  
que provocan tus peces al nadar  
me deja sin saber cómo nombrarte ahora.**

**Sé decir que el tranvía es una víbora  
suelta por la ciudad desde que no lo tomas  
y que las ambulancias aparecen en sueños.**

**Sé decir que tus manos han soltado la espada  
y no regalan céntimos manchados a la sombra  
que te desea suerte en el amor  
a la salida del supermercado.**

**Omar Fonollosa, *Los niños no ven féretros*.**

Omar Fonollosa (Zaragoza, 2000) es autor de dos poemarios: *Desde la más estricta soledad* (2019) y *Los niños no ven féretros* (2022), con el que ganó un prestigioso premio, el Hyperion, en ese mismo año. Graduado en Filología Hispánica, es buen conocedor de la tradición clásica, pero también de la canción de autor, en especial la de Enrique Bunbury y la de Joaquín Sabina, su gran inspiración, al que cita como el que le descubrió la poesía al escuchar su canción *Ruido* cuando tenía diez años.

Muy joven aún, la poesía, para él, “precisa tiempo y silencio”, también estructura, el soneto es una disciplina, rima y el tiempo de la corrección, el volver al poema pensando cada palabra y juzgando si es la apropiada. Busca, también, imágenes que consigan transportar al lector a un lugar distinto del que se encuentra, siempre desde lo cotidiano, en la línea de poetas como Ángel González, Luis García Montero, Benjamín Prado o Felipe Benítez Reyes.

Esperemos que continúe creciendo como poeta y consiga encontrar esos momentos de tiempo y silencio que considera necesarios para la creación.

### Elisa de Pablo

Omar Fonollosa condensa en este poema el desconsuelo, el desamparo, la sensación de incertidumbre que produce la ausencia del ser amado y, a su vez, consigue conectar con toda una tradición literaria y poética: desde la inefabilidad mística hasta la poesía directa y cotidiana del grupo de los 50. La anáfora que estructura el poema lleva al lector *del fuego a la nieve*, que se corresponde con la certeza de la ausencia amorosa y se completa con la simbología que en la naturaleza representa la relación amorosa: la alondra que pierde tono y, por lo tanto, el amor perdido.

En la segunda estrofa hay una doble oposición de ideas: el “sé decir” de la primera parte en contraste con esa voz poética que confiesa su incapacidad para nombrar al ser amado. Y, en los versos siguientes, la antítesis del *silencio*, que identifica con un *estruendo* que provoca la segunda oposición. Es quizás la imagen de los peces la más hermética de todo el poema, pues no se reconoce la imagen real ni el poeta nos guía hacia ella. En un contexto de temática amorosa es difícil no dejarse llevar hacia la simbología lorquiana en torno a la humedad y los peces: pasión, deseo, encuentro amoroso. La idea del lugar hostil donde antes reinaba el amor solo por la presencia del ser amado se actualiza en los versos 7 y 9. Son esos lugares que antes eran propicios a la pareja los que ahora remarcaban la ausencia.

El guiño a los sueños, junto con una forma poética aparentemente sencilla, sirve de nuevo para recordar a poetas anteriores. La poesía que se presenta poco retórica, pero que esconde profundidad en la expresión de los sentimientos, conecta con poetas como Ángel González.

Por último, el poema se cierra con cuatro versos que retoman la anáfora para hacer poética de lo cotidiano. Una primera metáfora de la *espada* que nos lleva al final de una lucha y una imagen que todos podemos reconocer: una persona pidiendo (hecha *sombra*), a la que le llega la caridad más que la empatía y que representa lo que ya no es ni será, lo que ya no está, la ausencia. Y al reconocimiento de las pocas certezas que tiene en la incertidumbre.

Los elementos cotidianos son en estas dos últimas estrofas material literario y se incluyen en él sin resultar forzados: el *tranvía*, la *ambulancia*, el *supermercado*. Conviven, además, con otros que suponen un homenaje a la tradición: la antítesis *fuego/nieve*, la *alondra*.

La idea de poner palabras, saber nombrar o no, recorre todo el poema. Para el poeta, este saber decir parece corresponder con la expresión de sus emociones y un primer paso para poner orden en todo el caos de la pérdida.